



SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

PRECIOS DE SUSCRICION.—España y Portugal: un año, pesetas 7'50.—Extranjero: un año, pesetas 12'50.—Cuba y Puerto-Rico: un año, 3 pesos oro.—Número suelto: pesetas 0'15.—En América, fuera de las Antillas españolas, fijan los precios los señores corresponsales.



X. A. N. BREND'AMOUR.

LA FUGA DEL PRESIDARIO

SUMARIO

TEXTO.—*La Semana*, por E. Blasco.—*El memorial*, (conclusion) por C. Navarro.—Nuestros grabados.—*Ruidos, miedos y supersticiones caseras*, (conclusion) por J. Zorrilla.—*¡Todavía!* por Carlos Cano.—*Pallida e loira*, (¡Muerta!), por A. Feijó.—*Ceniza*, (continuacion) por C. Mendoza.

GRABADOS.—*La fuga del presidiario*.—*La primavera*.—*En el Danubio*.—*El álbum*.—*María Estuardo recibiendo la noticia de su sentencia de muerte*.—*Madama de Maintenon en un consejo de ministros celebrado por Luis XIV*, grabado suelto de regalo.

LA SEMANA

UNA palabra terrible, cien veces más terrible que cualquiera de las tres que hicieron famoso el festin de Baltasar, y aún que las tres juntas, fué pronunciada en Madrid y desde allí transmitida por telégrafo á todas las ciudades, villas y pueblos de España que poseen dicho medio de comunicacion: la palabra ¡*crisis!* Y sin embargo, la alarma resultó falsa y la crisis también; fué una crisis de *double*, de quiero y no puedo, mejor dicho, de puedo y no quiero, y todo continuó y sigue como ántes, poco más ó ménos. No otra cosa había ocurrido hace algunos días en Francia y ya se sabe que nosotros somos muy dados á imitar á nuestros vecinos.

No desconozco, sin embargo, que cuando el río suena, agua lleva, y sería fácil que al fin y al cabo, el agua que lleva el río acabase por llevarse también á uno ó varios ministros.

Mi opinion, respecto á este punto, es muy parecida á la de aquel magistrado que invariablemente se dormía en las *vistas* y que luégo optaba siempre por los recursos extremos. Un día se vió un asunto civil ante la Sala, y cuando llegó la hora de votar y como de costumbre despertaron al durmiente, éste, creyendo que se trataba de una causa, exclamó:

—¡Por mí, que le ahorquen!
—¡Pero hombre,—le dijo uno de sus compañeros,—si se trata de un canal!...
—¡Pues que lo sequen!

* *

Ganas dan también de desear que se seque el Océano, al ver cómo va convirtiéndose paulatinamente en un lago inglés.

No sólo la Gran Bretaña ha resuelto continuar ocupando el Egipto durante cinco años, sin perjuicio de concederse á sí misma con la mayor longanimidad las prórogas necesarias, sino que procura extender sus dominios por todas partes, y de ello son buenas pruebas dos hechos recientes. En Australia, el gobernador de Guaensland ha tomado posesion de la Nueva Guinea en nombre de su Majestad Británica, y en Africa, el gobernador de Sierra-Leona ha ocupado el territorio que se extiende desde Serbro hasta las fronteras de la República de Liberia. Y entre tanto la diplomacia europea hace lo que Manolito Gázquez: *tenzad que tenzad*, es decir, ocuparse en cosas fútiles y descuidar las importantes. ¿Es esto locura ó santidad? ¿Es torpeza ó impotencia la causa de que se deje á la soberbia Albion demostrar una vez más que es cierta la sentencia: *Audaces fortuna juvat?*

* *

No á otro principio que al que acabo de citar obedece la política interior de Bismarck. El gran canciller, viéndolo á los miembros del Reichstag tenazmente opuestos á sus proyectos, en alto grado absolutistas, ha echado el resto y no ha vacilado en comprometer en la partida la respetable figura del emperador que, á no dudar, por sugeriones de su valido, ha dirigido al Reichstag un mensaje en el que, como vulgarmente se dice, se lee la cartilla á los diputados, se les manifiesta todo cuanto *deben* votar y se hacen alardes de compasivo interes por las clases populares. Me guardaré muy bien de pensar que esto sea una representacion real de la fábula: *El lobo con piel de oveja*, pero creo que el sistema puede calificarse de *socialismo napoleónico* y que no se debe olvidar el resultado que dió al prisionero de Sedan. Las mismas causas producen iguales efectos, y nada habría más perjudicial para los altos

poderes en Alemania que el alucinarse por un éxito pasajero, cual podría ser la sumision del Reichstag ó su disolucion.

* *

Marchando por muy distintas sendas, en cuanto á política interior se refiere, ha logrado Italia ir normalizando la situacion de su hacienda y hallarse en estado de suprimir, como lo ha hecho, el curso forzoso del papel moneda, medida conforme con las verdaderas leyes económicas y cuyos buenos resultados no tardarán en tocarse. El absolutismo es un cadáver que nada puede ya ni aún galvanizar, y sólo el sistema representativo satisface las exigencias de las ideas y de las necesidades modernas. Con el primero, Alemania correrá graves riesgos, y casi seguramente, perderá la importancia adquirida, el día que desaparezca el genio á quien debe ésta; con el segundo, Italia ha realizado grandes progresos, ha logrado consideracion y prestigio, á pesar de los malos gobiernos.

* *

Diálogos de primavera.

Entre un tío viejo y una sobrina joven:

—Tío, ¿qué tienen los gatos que están mayando toda la noche?

—En otro tiempo lo sabía, pero ya se me ha olvidado.

* *

Entre un matrimonio *desigual*:

Ella.—No sé lo que tengo; la primavera causa en mi un efecto extraño. Estoy conmovida; siento estremecimientos nerviosos...

Él.—Entonces, será preciso... ¡que te purgues!

* *

Entre dos amantes:

—Mira, ya tienen botones todos estos árboles.

—Pues son más afortunados que mis camisas.

* *

Entre un sietemesino y una persona:

—¡Ya me sale la barba!

—¡No lo extraño, porque ahora florecen las lilas... *de ambos sexos!*

EDUARDO BLASCO.

EL MEMORIAL

ROMANCE

(CONCLUSION)

»Mas como en tiempos pretéritos,
en los presentes he visto
empleados beneméritos
á quien prestara sus méritos
Nuestro Señor Jesucristo.

»Y pues crecieron enanos,
yo en crecer también confío
y á ucencia tiendo las manos,
que si son ellos cristianos,
señor, yo no soy judío.

»Pido justicia y razon
y las costas de esperar:
Otrosí, pido perdon,
y si muchas cosas son,
á ucencia toca negar.»

IV

De silencio hay una pausa
cabe la Castalia fuente,

y otra cosa no se siente
que la inquina que lo causa.

—¡Petición más pecadora!
al fin dice voz enteca.

—Sólo por un lado peca,
añade otra más sonora.

Si el mísero se va á perros
buscando un pingüe destino,
sólo se va... por los Cerros
de Úbeda en su quid divino.

—Llevará la penitencia
en su pecado. ¡Qué entono!
¡Si trata enfrente del trono
cual de potencia á potencia!

—No, mano á mano.

—¡Cuidado
en lo de manos! Recuerda
que en la casa del ahorcado
no ha de mentarse la cuerda.

—Bien, sólo es llaneza; mala,
porque peca de igual modo.

—Tú por tú y lo dice todo.

—¡Que Dios, por asno, le vala!

—Os vais todos tras la ética
tambien por las breñas altas,
olvidando que estas faltas
son por licencia poética.

—Por licencia militar.

—De las musas el pudor
él así llega á tratar.

—No lo tratan á él mejor.

—Y eso que es tan rico en perlas.

—Mas por mi amor obligado,
yo por mí, buen ó mal grado,
debo á mi padre leerlas.

—No hagáis tal, por compasion,
don Diego, que irá á galeras,
porque perlas tan groseras
dignas de trireme son.

—Mas don Diego está en verdad
prendido en sus propias redes,
dice un maligno. ¿No vedes
que está de gracia?

—Esperad
tiempo de dos *paternostres*.

—Id: hoy todo os saldrá bien.

—(Vino el mísero á los postres.

—*Requiescat in pace*.

—Amen.)

V

—Buen padre y señor...

—¿Qué quieres?
—Leeros este memorial.

—Tengo muy graves quehaceres
y vienes agora mal.

—No temáis que en mala prosa
escriba su autor; en verso,
sin que estornuda ni tosa,
desde el frente hasta el reverso.
Ved su nombre...

—No se me hable
de cosas tan indiscretas:
harto lo sé... un miserable
cual tantos otros poetas.
—Con todo, oid...

—¡Aun porfias!
—Aunque no toméis acuerdo...

—Déjate de niñerías
que pierdes tiempo y lo pierdo.

—De tan fausto día en gracia
se me ruega que os lea esto,
y aunque con lengua rehacia,
por cumplir... Veréis cuán presto...

Sobre ser cosa de risa
y de brevisimo rato,

no puede seros ingrato
hacer honor á mi Luisa.

—¿No has leído tú el papel?

—Sí, padre.

—Pues bien, dictámen

pon tú por escrito en él
y lo que opines reclamen.
Salvo que fueras tan tierno,
por ser de tu Luisa fiesta,
que pidieras un gobierno
para cantores de gesta.

—Ya veréis como me ciño
á lo justo en el favor.

—Bien, déjame solo, niño.

—Os doy las gracias, señor.

VI

Del resultado obtenido
Sandoval en autos puso
al consejo, ó al Parnaso,
si queréis, por ser más justos,
toda vez que, sin don Diego,
eran nueve los esdrújulos,
como las musas divinas
que moran en aquel punto.
Y no teniendo el don Diego
para componer de súbito
estro fácil, de modestia
provisto, endosa el asunto
al más letrado. Mas como
todos lo fueran, ninguno
el cargo aceptar quería
de igual virtud por repulgos,
y tan larga como noble
fué la cuestion que allí hubo,
cuestion que quedó resuelta,
al fin, de todos al gusto.
Habían de dar dictámen,
no éste ni aquél, todos juntos,
mas, por de contado, rata
por cantidad ó por turno,
poniendo en el gatuperio
sólo un verso cada uno.
Lo que salió no fué nada
bueno, pero si fué púnico,
aunque su sal y pimienta
pudiera encontrarle alguno.
Hélo aquí, pues, tal y como
á los diez hacerlo plugo.

«De Apolo en altar no indino
rastrada victima inmolo,
como quier que bien opino
que no la ha llamado Apolo
por tan glorioso camino.

»Que le den, y harto prospera,
una plaza en alcabalas;
que si dios Palos hubiera,
cual hay una diosa Palas,
sólo ese dios mereciera.»

Firmó don Diego el dictámen
puesto en limpio de su puño
del memorial á la cola,
el cual, plegado y á punto
se guardó en la faltriquera
para el momento oportuno.

VII

—Camarada ¿adónde bueno?

—A Argamasilla, compadre.

—Y ¿qué lleváis á esa aldea?

—Llevo .. un despacho muy grande.

—Lleváis mucha carga entónces

para ir á pié, ¡voto al diantre!

—Mas de Dios con el ayuda
siquier podré resignarme.

—Pues Dios, amigo, os ayude.

—Asimesmo, Dios os guarde.

—¿Conocéis á ese mendigo?

—¡Pardiez! Miguel de Cervántes;
mas del Felipe por honra,
no se lo digáis á nadie.

CECILIO NAVARRO.



LA PRIMAVERA



EN EL DANUBIO

NUESTROS GRABADOS

LA FUGA DEL PRESIDIARIO.

Acontecimiento siempre de actualidad, especialmente en España, la fuga de los penados es uno de los hechos que más sensación causan si el prófugo no consigue evadirse antes de que puedan darle alcance sus perseguidores. La caza de una fiera no es tan abundante en fuertes emociones como la caza del presidiario.

Después de haber conseguido romper el grillete y las esposas, y sabiendo que les va la vida en la tentativa, emprenden los desertores la fatigosa carrera, corriendo veloces como el jabalí perseguido por la jauría, sin detenerles ningún obstáculo, ni reparar en ningún estorbo. Así se ve que pasó en la escena que representa nuestro grabado; el más viejo de los fugitivos, cae rendido de cansancio en brazos de su compañero; pero ya no hay salvación para ellos; impídeles el paso una profunda laguna y brillan cascos y bayonetas tras de los setos, mientras un soldado de feroz aspecto está registrando las espesas junqueras. ¡Terrible porvenir el que les aguarda! ¡La muerte ó un perpetuo cautiverio tras de espantoso castigo!

LA PRIMAVERA.

Así se ha convenido en llamar á una estación que indudablemente alguna vez debe haber existido, cuando tantos poetas la han cantado, pero que desgraciadamente hoy día no se sabe en qué consiste. Sin embargo, admítasela bajo la fe del calendario y de los sastres, aunque no sea más que para que puedan los pintores trazar de ella una tan encantadora alegoría cual la que forma el objeto de nuestro grabado. Una bandada de golondrinas revolotea sobre la bellísima y aérea figura de la florida estación, á la que sirven de carro flotantes nubecillas y de corceles dos pintadas mariposas. Golembowski ha dado muestras de ser un gran artista al interpretar tan delicadamente el asunto, dando á la primavera los fugitivos rasgos de tenue vision, parecida á imaginaria creación del más exquisito ideal.

EN EL DANUBIO.

No es el verde Rhin el único río de las baladas y las fantásticas leyendas. El azul Danubio le excede quizás en poesía y majestad, y no menos en históricos recuerdos. La imaginación eslava se da libre carrera sobresaliendo en las valientes y fogosas improvisaciones poéticas. Su contacto con el Oriente y el continuo batallar de que da testimonio su historia, han desarrollado en las poblaciones danubianas los más espléndidos dones de la fantasía y el sentimiento. Rusos y eslavos son los Pouschkine, los Tolstoí, los Tourgeniew y los Mickewitch, revelándose en todas sus composiciones la originalidad y nervio de una raza que conserva en medio de una elevada cultura intelectual como cierto no domado espíritu de primitiva libertad.



EL ÁLBUM.

Es uno de los mayores gozes de los niños hojear los retratos de los parien-

tes, amigos y conocidos, y conviértese á veces en la *ultima ratio* para acallar su llanto. No parecen las mamás participar de igual embeleso. Para el niño son hombres y mujeres los que mira. Para la madre... ¡quién sabe lo que serán muchos de los que saluda con inocentes risas el curioso *bebé!*

MARÍA ESTUARDO RECIBIENDO LA NOTICIA DE SU SENTENCIA DE MUERTE.

Universalmente sabida es la historia de la bella cuanto desdichada reina de Escocia, cuya memoria será objeto eternamente de las más apasionadas censuras por parte de unos y de la más rendida adoración por parte de otros. Sea lo que quiera, ello es que María Estuardo se encontró en situación difícil para cualquier monarca y doblemente crítica para ella, por tener en contra suya la formidable enemistad política y religiosa de la gran Isabel de Inglaterra, su rival implacable. Consta que el procedimiento á que fué sujeta María Estuardo no fué más que un cúmulo de iniquidades é infames tretas, y que jurídicamente y ante el derecho de gentes, su suplicio fué uno de esos asesinatos que exigía la antigua razón de Estado y que colocan los nombres de Isabel, Felipe II y Napoleón al nivel de los de Tiberio. Quedan preciosos testimonios que prueban la inocencia de María, la cual, si es verdad que fué caprichosa, ligera y enamorada, más por culpa de las circunstancias que por inclinación, vivió después en triste cárcel por espacio de veinte años, quedando así enterrada en sombrío castillo la más brillante de cuantas beldades florecieron en aquella época de incomparable hermosura, que se llama el Renacimiento. María Estuardo murió como una verdadera reina, á los cuarenta y cinco años de edad, siendo más simpática su memoria á todos los corazones que no la de su terrible prima y verdugo.

MADAMA DE MAINTENON EN UN CONSEJO DE MINISTROS CELEBRADO POR LUÍS XIV.

¡Singular destino el de la mujer que compartió con el *Rey-Sol* la última mitad de su largo reinado! Nieta del célebre poeta hugonote Agrippa de Aubigné, nació en una cárcel y fué educada en el seno del calvinismo. No pasaron muchos años sin que abjurase de sus primeras creencias, abrazando ardientemente la santa fe católica, y así llegó á los diez y seis abríles, tan bella como modesta, tan modesta como discreta y tan discreta como pobre, desvalida y miserable, hasta el punto de considerar como una fortuna que el poeta satírico Scarron, tullido y bastante escaso de haberes, se dignase ofrecerle la mano de esposo. Murió el célebre autor del *Roman comique* y disponíase á salir de Francia su viuda, para no perecer de necesidad, cuando fué nombrada aya de los numerosos bastardos de Luis XIV y la Montespan, en ocasión en que el rey empezaba á sentirse harto cansado de los encantos de la bermeja condesa y propendía á la más austera devoción. Enamoróse ciegamente el monarca de la austera y castísima aya, y envió las dimisorias á la Montespan, pero la viuda de Scarron era un dragón de virtud y jamás concedió al rey ni el más insignificante, leve, ni menudo favor, cuando las aristócratas de más *pesqui* de toda Francia se despepitaban por tener la honra de ser sus mancebas. La misma reina dispensaba á la Maintenon su más entera confianza, en vista de su inexpugnable pudor. Murió María Teresa, y Luis XIV se apresuró á casarse con la heroica mujer que había resistido por tantos años á su pasión, y desde entónces toda la política se *informó*,—como dijo Lorenzana en un artículo el año 1868 y han copiado después todos los periodistas,—se *informó* en las ideas *maintenonianas*. La devotísima esposa del rey no aceptó las exterioridades de su posición; era reina de puertas adentro, pero no por eso menos respetada y activamente mezclada en todo. Solía asistir á los consejos llevando consigo la calceta,—según representa la lámina,—y allí discutía, aprobaba, proponía y en último término resolvía y sancionaba. Tanto era el ascendiente de la Maintenon, casada á los cincuenta años, sobre el monarca que había aprutado hasta las heces la copa del placer y sido el más absoluto de los reyes.

RUIDOS, MIEDOS

Y

SUPERSTICIONES CASERAS

(CONCLUSION)

Hay empero en mi vida dos ó tres fantásticos rumores, dos casos de ruido y miedo caseros, con cuya causa misteriosa no pude dar, aunque debieron tenerla natural.

Mudóse la familia que me hospedaba en Méjico, á una magnífica casa de antigua construcción, y elegí yo para mi habitación en ella un aposento único y aislado que tenía en su segundo piso, entre cuyo aposento y la salida á las terrazas, que por allá no hay tejados, había una grande é inhabitada cámara, en la cual estaban hacinados muchos trastos y muebles, el principal de los cuales era una catedral de carton, juguete destrozado del primogénito de aquella familia, que ya iba á ser hombre. Subíase á esta antecámara por una escalera de madera, á cuyo frente se abría la puerta de los terrados y á cuya derecha estaba la de mi aposento, cuya viguería del piso era el techo de la escalera. Apoyábase ésta en la pared maestra y medianera con la casa inmediata, cuyo patio flanqueaba, lisa y sin

vivienda ni objeto que en ella estribara en la altura de los dos pisos, lo cual se veía perfectamente desde el pretil del terrado, que con tal pared formaba ángulo. Tomé yo aquel aposento por su buena luz, aislamiento y tranquilidad para mi trabajo, y á pesar del extraño aspecto que le daba aquella grande é inhabitada antecámara y de haberme prevenido que *alli espantaban*. Yo soy casi cobarde, pero estimo en poco el valor, porque tengo para mí que no es más que un exceso de miedo, y cuando lo tengo, procuro por pundonor no dárselo á conocer. Acostéme la primera noche, y poco despues de apagar mi luz, senti los pasos de alguien que subía la escalera y que se perdieron en la antesala. Pregunté en voz alta al invisible visitador quién era y qué quería; y no respondiendo nadie á mi voz ni penetrando nadie en mi aposento, volví á encender mi luz, y registrando el camaranchon que constituía la antecámara, no encontré á nadie.

Todas las noches sucedía lo mismo: subía alguien haciendo sus catorce pasos cruzar los catorce peldaños de la escalera; perdíanse y apagábanse aquéllos en el camaranchon, y nadie entraba en mi aposento, ni hallaba á nadie en la antecámara; y como no sucedía más, concluí por acostumbrarme; y aunque no las tenía todas conmigo, no di mi brazo á torcer; pero por más que estudié y observé y espí, no pude explicarme jamás la causa del ruido de semejantes pasos, que debían tenerla.

Un amigo mío vendía menospreciándola una buena casa que tenía en una calle muy céntrica de la capital de Méjico, y me dijo que así la vendía porque no podía habitarse su segundo piso, *porque en él espantaban*. Reíme de él y dile zumba por su miedo; picóse de amor propio, y me dijo que si yo le acompañaba él arrostraría otra vez lo que en aquel segundo piso sucedía por la noche. Yo que oí que él lo había arrostrado una vez, supuse que no sería tan terrible cosa y acepté. Pero preguntándole lo que sucedía y en qué consistía *el espanto*:—En que á altas horas de la noche, me respondió, una persona invisible sube desde el primer piso al segundo, atraviesa la antesala y la sala, penetra en el gabinete, se pasea por él y se vuelve á ir. Sus pasos se perciben perfectamente, pero no se vé nada.

—Pues la cosa no es tan pavorosa,—exclamé yo.

—Ya lo verás y me lo dirás allí,—me respondió mi amostazado amigo.—Esta noche iremos.

Y fuimos; pusimos dos criados en la antesala, dos en la sala y nos tendimos él y yo vestidos en una cama que había en el gabinete. Había llevado él consigo una perrilla que siempre le acompañaba y un par de pistolas que puso á la cabecera de la cama; la perrilla se acurrucó á nuestros piés y se durmió; nosotros conversamos en voz baja más de una hora. La vela ardía sobre el mármol de la mesa de noche, y pasando el tiempo y no sucediendo nada, yo me adormecí y supongo que á mi amigo le sucedería otro tanto.

Pero de repente me despertaron á un tiempo un codazo de éste y el sordo gruñido de la perrilla, que miraba á la puerta encapotando las orejas. No me quedó duda; percibí los pasos que se acercaban, la perra rompió á ladrar cuando tras la puerta de la sala los sentimos; y al percibirlos clara y distintamente dentro del gabinete, como si alguien se paseara de la puerta al balcon, por delante de nuestra cama, la perrilla callaba toda trémula y encogida, pero seguía con la vista el rumor de los pasos, como si viera amedrentada al sér invisible que con sus piés los producía. Pasaron al fin éstos otra vez á la sala, y miétras se alejaban por la antesala y se perdían en la escalera, la perra volvió á gruñir y volvió á romper á ladrar sin quitar los ojos de la puerta vidriera, que el sér invisible no había necesitado abrir para entrar á pasearse por el gabinete.

Yo tenía miedo: gotas de sudor frio humedecían mis sienas, y mi amigo estaba pálido como yo.

La perrilla volvió á acurrucarse y á dormirse: nosotros salimos de la casa en cuanto amaneció; ni mi amigo ni yo nos dimos por entendidos con los criados, pero yo le dije á mi amigo: «Haces bien en vender la casa.»

Y sin embargo, un sér invisible, impalpable, un fantasma incorpóreo é ingrávido, no podía producir el ruido de los pasos de un cuerpo de positiva y corpórea gravedad.

Pero aún no he dado con su explicacion, y tuve un miedo tan supersticioso como real de aquellos pasos, efecto, tal vez, de acústica de ignorado motor.

JOSÉ ZORRILLA.

¡TODAVÍA!

Las flores que me diste cuando me amabas
Se secaron al soplo de tu inconstancia;

¡Y todavía
Eres tú la esperanza
Del alma mía!

Las dulces ilusiones que eran mi encanto
Murieron al impulso del desengaño;

¡Y todavía
Eres tú la esperanza
del alma mía!

La promesa que hiciste de amarme siempre
Se disipó en tus labios cual humo leve;

¡Y todavía
Eres tú la esperanza
Del alma mía!

De tu voz que calmaba mi loco anhelo
Ya mi pecho no escucha doliente el eco;

¡Y todavía
Eres tú la esperanza
Del alma mía!

Hasta que vuele mi alma léjos del mundo
Pronunciarán mis labios el nombre tuyo;

¡Y hasta ese día
Serás tú la esperanza
Del alma mía!

CÁRLOS CANO.

PALLIDA E LOIRA

Morreu. Deitada no caixao estreito,
pallida e loira, muito loira e fria,
o seu labio tristissimo sorria
como n' um sonho virginal desfeito.

Lirio que murcha ao despontar do dia,
foi descansar no derradeiro leito,
as maos de neve erguidas sobre o peito,
pallida e loira, muito loira e fria...

Tinha a cor das rainhas das balladas
e das monjas antigas maeradas,
no pequenino esquiú em que dormia...

Levou-a, a morte em sua garra adunca,
e eu nunca mais pude esquecer-a, ¡nunca!
pallida e loira, muito loira e fria...

ANTONIO FELJO.

¡MUERTA!

¡Murio! La recibí ataud estrecho,
pálida, amarillenta, inerte, fria;
su tristissimo labio sonreia
cual en un sueño virginal deshecho.

Lirio marchito al despuntar el dia,
fué á descansar en el postrero lecho,
con las manos cruzadas sobre el pecho,
pálida, amarillenta, inerte, fria.

Entre llanto y dolor, luto y quebranto,
fué conducida, al fin, al Campo Santo
en la pequeña cuna en que dormia...

Logró la impia muerte poseerla
y, desde entónces, siempre creo verla,
pálida, amarillenta, inerte, fria.

BLAS QUITO.

CENIZA

(HISTORIETA CASI HISTÓRICA)

Era una mujer jóven, de dolorida y candorosa expresion, de misterioso hechizo en todos sus rasgos, de sin igual distincion en todás sus lineas. Tenía los ojos negros, grandes y tristes; la nariz algo aguileña; boca pequeníssima; de ébano la cabellera y una encarnada rosa en cada mejilla; algo moreno el raso de su cútis; más bien baja que elevada la estatura; graciosa la actitud y brillaba en su cabeza la real diadema como si en vez de prestarla majestad despidiera de sí siniestros fulgores y amenazadores reflejos. Yo no había visto mujer alguna, viva ni pintada, desde hacia un año; estaba sediento de querer y no tuve más idea que la de enamorarme cigamente del retrato. ¡Oh, amigos míos! El cielo os preserve de semejantes amorios.

—Os chanceáis, coronel,—dijo Dampierre.—¿Cómo puede enamorarse uno de un cuadro?

El coronel miró con ojos de lástima al comandante y siguió hablando de este modo:

—Decía, pues, que me enamoré locamente de la reina, en prueba de lo cual corri á la biblioteca en busca de una *Historia de Portugal* para saber de pé á pá todos los hechos y gestas de mi adorada Inés, porque creo inútil decirlos, señores, que mi idolatrada soberana era Inés de Castro.

Los dos comandantes y el ayudante, miraron al coronel cual si creyesen que hablara fuera de juicio.

—¿Pero qué tiene de particular que yo me enamorase de Inés, señores míos? ¿No se enamoró don Quijote de la sin par Dulcinea? ¿No se han enamorado más de cuatro de la Vénus de Médicis? ¿No provoca cada día nuevas pasiones la *Joconda*? ¿Acaso mi joven amigo el filósofo Victor Cousin no está rematadamente perdido por la duquesa de Longueville, la heroína de la Fronda? Pues yo, con iguales derechos y mayor motivo que ellos, me enamoré de la infeliz Inés de Castro, la única mujer que ha ejercido en mí una influencia decisiva, la única que... pero vayamos despacito y contémoslo todo con el debido orden.

No ignoraréis la desdichada historia de aquella que mereció más que otra alguna ser llamada reina de los tristes destinos. Casada en secreto con don Pedro I cuando no había aún subido al trono este gran monarca, digno de sus tocayos y coetáneos de Aragón y Castilla, fué villanamente asesinada por los esbirros de su suegro Alfonso IV, levantándose un grito de universal horror ante aquel crimen. Don Pedro se había prendado de Inés cuando era dama de su primera esposa, pero la altiva doncella no quiso escuchar jamás al entonces infante mientras sirvió á la que era su dueña y señora y sólo accedió á confesar á don Pedro que le quería no menos que él á ella cuando bajó al sepulcro doña Constanza. Don Pedro, más prendado cada día de Inés, la ofreció su mano y se efectuó el casamiento con todos los requisitos necesarios, aunque en secreto. Grande hombre fué el tal don Pedro, señores, merecedor de ser amado por una dama como Inés. Fué valiente, bizarro, generoso, duro con los malos, espléndido con los buenos. Así que subió al trono hizo una cosa maravillosa é inaudita: per-

donó un año de contribucion al pueblo. ¡Ya veis que para un rey no se puede pedir más!

Los comensales quedaron asombrados, en efecto, y el coronel siguió así:

—Don Pedro estuvo á punto de perder la razon al ver á su esposa atravesada á estocadas en su cámara; esperó que llegase la hora de empuñar el cetro, guardando para entonces la explosion de su venganza y no hay para qué decir que quedó harto y satisfecho. Si; bien vengada estuvo

Inés; bien castigados sus asesinos. Una vez cumplido este deber, mandó desenterrar á doña Inés, la hizo sentar en el trono, tuvo efecto la ceremonia de la coronacion y fué trasladada luego con imponente pompa á Alcobaza quedando en su panteon un sitio para cuando muriese don Pedro, que efectivamente fué sepultado al lado de su amada esposa al llegarle la hora de la muerte.

Si Inés hubiese sido una reina de esas que sólo sirven para parir y de las cuales nadie se acuerda una vez muertas ó destronadas, la impresion que me produjo aquel retrato hubiera sido absurda é incomprensible; pero la primera sensacion experimentada adquirió agudísima intensidad al acabar de leer la historia de aquella peregrinidad y así fué que deliré, verdaderamente deliré todo aquel día, sin separar un momento mis ojos de la pintura y sufriendo continuas alucinaciones que me hacían creer que Inés me entendía y contestaba.

No advertí que en esto iba declinando el día; llaméme no sé por quién ni para qué, y atravesé por otra

sala en la cual en vez de cuadros estaban alineadas las estatuas de los monarcas portugueses. Busqué afanosamente dónde estaba Inés y al punto distinguí su elegante y gracioso galbo ante un balcon de la gótica galería, destacándose sobre los encendidos arboles del crepúsculo.

(Se continuará.)

CÁRLOS MENDOZA.

ADMINISTRACION.—Establecimiento editorial de Ramon Molinas, Córtes, 365 y 367.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.



MARÍA ESTUARDO RECIBIENDO LA NOTICIA DE SU SENTENCIA DE MUERTE

ara
co-
r á
ue
en-
le-
ivo
ca-
os.
do
do
ña
tar
vo
nia
y
té-
nte
za,
su
io
ie-
ue
ué
de
sa
ora

ese
de
en
las
se
ez
o-
on
jo
u-
da
le;
ra
ri-
rió
si-
de
de
na
ue
ra-
do
pa-
to
in-
do
na-
a-
és
on-

ue
li-
la-
or
té,
tra
las
sa-
ite
sta-

Regalo á los Sres. suscritores á LA ILUSTRACION IBÉRICA



MADAMA DE MAINTENON EN UN CONSEJO DE MINISTROS CELEBRADO POR LUÍS XIV

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS